

pléndido y hermoso, brindando con todos los atractivos del Madrid primaveral, resolvieron salir de apuros empuñando las capas y lanzarse a la calle, á cuerpo gentil, sin perjuicio de embozarse en las papeletas si de pronto venía soplando el fresco vientecillo del Guadarrama.

O los *quitamanchas* eran entonces más humanos que ahora ó el paño de las capas era en aquella época de mejor clase, porque Bernardo y Ramón, pasaron la mañana alegremente; aplaudieron á rabiarse, por la tarde, las verónicas elegantísimas de Cayetano Sanz, y todavía tuvieron cinco duros de sobra para la noche.

Cuando volvían de la corrida, topó con ellos de manos á boca Eduardo Asquerino. Se encaró con Bernardo, y diciéndole:—*Que estamos á 23 de Abril y que necesito unos versos para el número de «La América» del 2 de Mayo,*—les volvió la espalda y se fué por la calle de Peligros.

—Es verdad—dijo Bernardo.—Esta tarde mismo los escribo y así tendremos para mañana dinero fresco, amigo Ramón.

Y se entraron en el Oriental.

Juan, el camarero, sirvióles café y rom. Mucho café y mucho rom. Noventa y cinco reales de cuenta. Bernardo, entretanto, escribía, escribía; su faz nerviosa, experimentaba frecuentes contracciones; de sus labios brotaban palabras incoherentes...

Terminó y juntos se fueron á la calle de la Greda, donde *La América* tenía su domicilio. Allí; entre otros, estaban Asquerino y D. Eugenio García Ruiz, director de *El Pueblo*.

Bernardo dió lectura á su poesía *Nº 2 de Mayo*, que acababa de salir del horno.

Cuando llegó al final de aquella última décima:

Mártires de la lealtad
que del honor al arrullo
fuisteis de la patria orgullo
y honra de la humanidad...
en la tumba descansad.
que el valiente pueblo Ibero
jura con rostro altanero,
que hasta que España sucumba,
no pisará vuestra tumba
la planta del extranjero,

García Ruiz, loco de entusiasmo, se levantó de su asiento, y abrazó y besó á Bernardo, diciéndole: